



SON los españoles, no sé si por latinidad genérica o por hispanidad específica, muy aficionados a sintetizar, bien con rasgos de dibujo o con la rotundidad fraseológica de un lema, o con ambas cosas, una hazaña, una vida y, en general, todo cuanto juzguen digno de ello.

No es pues extraño que, por latinos o por españoles, cuantos integraron las filas de la Aviación española, arma por demás ansiosa, como todo lo nuevo, de crearse una historia, anhelasen sintetizar en un lema y en un emblema sus peculiaridades y sus vicisitudes. Y al hacerlo así el dibujante, el escritor, el humorista y todos cuantos colaboraban en la elección y en el trazado del emblema y del lema, estaban haciendo, sin proponérselo, ni más ni menos que la heráldica de la naciente Arma Aérea Española. En plena guerra, las unidades de vuelo escogían sus lemas y sus emblemas, los cuales se apresuraban a pintar sobre los fuselajes de los aviones de guerra y a ostentar sobre las guerreras del uniforme. Y como más de uno tiene su historia, su pequeña historieta sentimental o divertida humorística u ocasional, y en evitación de que el día de mañana uno de esos pacienzudos técnicos de la heráldica se tenga que quemar las cejas descifrándola, quiero condensar en unas líneas lo que pudiéramos llamar pequeña historia de la heráldica de la Aviación Española. Me referiré eso sí, a los emblemas que nacieron al calor de la Cruzada, y que son los genuinos, los auténticos, los ya históricos. El primer antecedente heráldico que conozco en la Aviación me viene dado por los emblemas de los antiguos Breguets. El león, la pajarita, el gato Félix... etc. Viejos Breguets XIX de unos tiempos que ahora se nos antojan remotos con la pátina gloriosa de su heroísmo. Sus cansados motores fueron los que iniciaron, en la Cruzada española, la gesta del aire. Después viene el de las Tres Marías, primera Escuadrilla de Junkers que actuó en los ibéricos frentes.

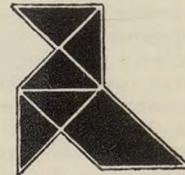
En la idea y la confección de los emblemas aeronáuticos se advierten tres tendencias principales. Una primera tendencia, que es la que bien pudiéramos llamar simbólica, y que da como fruto unos emblemas bellamente estilizados y representativos, y hasta en momentos con su tinte poético, romántico o caballeroso. Existe una segunda tendencia en la cual se tratan de condensar las peculiaridades de un modo gráfico y representativo. En ellas el dibujo lo es casi todo, y hasta en ocasiones todo, ya que se suprime a puro intento el lema. Y la tercera tendencia, la más numerosa, y la cual habla harto elocuentemente del sano optimismo que reinaba entre la juventud aviatoria, es la que se encuentra dominada por un móvil chistoso y humorístico. Claro que estas tendencias no son independientes; hay emblema que tiene algo de dos y aun de las tres, reunidas. Pero ello nos sirve para hacer una clasificación que garantice un poco el orden expositivo.

A la primera tendencia pertenecen todos los emblemas de las célebres cadenas españolas. Todos estos tienen un motivo común, la cadena, que quiere dar a entender a todo el que mire la misión táctica cumplida por aquella unidad y de la cual, y a causa muy principalmente de su emoción, belleza, riesgo y utilidad bélica, todos cuantos en ellas militaban se hallaban cumplida y justamente orgullosos. Luego, ya como motivo distintivo, vienen esas melancólicas y añoradas golondrinas con amplio sabor becqueriano; el plateado pájaro de líneas estilizadamente aerodinámicas o esas casi angélicas alas de los Romeos de asalto. A este grupo de emblemas pertenecen también la cigüeña del Grupo Sur, con su lema en marroquí; la golondrina de los «Rayos» o «Heinkel 71», y el del caballero cabalgando en un Savoia 81 con su románticísimo «Dios y mi dama» como lema; el águila caudal con sus polluelos, simbólica y bella representación de la Escuela de Pilotos de El Copero y el celeberrimo y archiconocido lema del Grupo de Fiats, del inolvidable Morato, con su popularísimo y españolísimo lema de «Vista, suerte y... al toro», cuya explicación omitimos en gracia de haberla dado ya el famoso «as» del aire en su libro «Guerra en el Aire».

A la segunda tendencia pertenecen casi todos los emblemas de las unidades de hidros con motivos que revelan claramente su cometido aeronaval y que en ciertos casos es un besugo volador y en otros un torpedo bélico, de vela o velamen, aparte, como es natural, de su belicismo consustancial. Luego vienen una serie de emblemas en que se personifican los apodos dados a los aviones. Muchos aviones, por parecidos encontrados con algunos elementos de la fauna, recibían apodos animalescos. El emblema en estos casos se limita a representar al animalucho de turno, como podemos ver el «bacalao» del Grupo de Dorniers; la oca con su bomba y con su lupa para garantizar la puntería de su bombardeo; el pavo de los Heinkel 45, escupiendo balas y con el lema de «Echale guindas...», estribillo de una popularísima canción de aquellos tiempos. Luego viene el del 3-G-28 de Savoias 79, cuyos aparatos, a causa de la joroba característica de sus fuselajes, fueron comparados con el camello, el cual vemos envuelto por el orgullo de su lema: «No hay quien pueda, con la gente del tercero», al cual habían de contestar los que servían en idénticos aparatos, pero en el 4-G-28, con su «Tanto pita, pita tanto, el tercero como el cuarto», si bien y en honor de la verdad hay que decir que este lema fué escogido en sustitución de otro que fué tachado por la censura del Mando. Seguiré ya con los emblemas de los Savoias 79, siendo el del 5-G-28 el conocido de los ratoncitos y debido a la circunstancia de

HERÁLDICA de la AVIACIÓN ESPAÑOLA

por MANUEL G. DE ALEDO



que en la estructura de los planos fué descubierta una nutrida colonia de estos roedores; y después el del 6-G-28 que escoge como emblema un pulpo volante y como lema «El sexto larán, lará...», que es una parodia de aquellas escuelas gazmoñas, regidas por maestras graves y recoletas, y que adoptaban la costumbre de, al hacer enumerar los mandamientos y al llegar al del número que nos ocupa, sustituir el precepto respectivo por ese toniquete o estribillo.

Los aviones «Libequios», apodados en Italia «capronis», dan lugar a los jugosos lemas de «Ni son... ni están» y la réplica del otro Grupo con su «Ni aquí tampoco», con el motivo común del macho cabrío. Los Heinkel III tenían su «Semos los de la cerveza», que puede tener el doble significado. Por una parte la alusión a la bebida alemana, como trayendo un poco por los pelos la actuación de estos aviones dentro de la Legión Cóndor, y el otro, debido a su misión independiente, como una especie de «a mí dejarme en paz» o «yo no quiero líos».

Los Savoias 81 tenían, aparte del ya apuntado «Dios y mi dama», otros lemas. En uno de ellos se ve a la luna mirando con un catalejo a una de estas unidades en vuelo, las cuales eran un poco tomadas a guasa por el gran techo que tomaban para sus servicios. El lema, parodiando el de Morato, reza «Vista, suerte y al... tura». El 16-G-21 representa tres bujías, una rozagante, recién puesta, otra un poco cascada y la tercera ya agonizando. Hace alusión este emblema a la facilidad de los Savoias 81 para engrasar bujías. El lema es un portento de resignación con la suerte que el destino ha deparado a estas pobres bujías, que con espíritu de sacrificio exclaman: «Bueno... pues que nos pongan». El otro Grupo de Savoias 81, el 13-G-21, revela una peculiaridad de esta unidad aérea. Durante la guerra, los oficiales permanecían en alarma o alerta largas horas en el aeródromo, pendientes de que hubiese servicio. Pues bien, este Grupo tenía la desgracia de que siempre que se disponían a marchar a comer al pueblo donde residían, les ordenaban salir para un servicio. Por eso hicieron ese emblema, un poco en forma de jeroglífico y que revela su mala ventura. El emblema, una vez descifrado, quiere decir: «A las tres, sobre el toro», aclarando que «toro» se le llamaba en fraseología aérea al objetivo, al lugar donde había hule a cargo de la caza o artillería enemiga, y sobre el cual los desdichados componentes de aquella unidad tenían la fatalidad de encontrarse siempre a las tres de la tarde y, por supuesto, aguijoneados por el hambre. Luego vienen los emblemas de los dos Grupos de Junkers, los cuales por su pesadez y lentitud son representados por descomunales elefantes. El Grupo Nocturno, el 1-G-22, representa los tres paquidermos provistos de unas diminutas alas, tres farolillos pendiendo de sus trompas y tres bombas de sus rabos. El fondo es un escenario nocturno, con su luna y sus estrellas. El lema alusivo es «No hay prenda como la vista», sonsonete popular mendicante que habla por sí sólo de las nostalgias diurnas de sus componentes. Pero en cambio, el 2-G-22, Grupo diurno, opinaba que por lo menos la noche era una especie de manto protector para sus compañeros noctámbulos, y como dadas las precarias cualidades de sus aeroplanos no se explicaban cómo no eran derribados en cada servicio, creen a pies juntillas en el milagro y exclaman «Dios proteja la inocencia», que es un portento de fe, de humor y de gracia.

Queda aparte el lema de la Escuela de Caza. A ella llegaban los pilotillos recién salidos y creyéndose auténticos «ases». Allí se les hacía volar el Romeo 41 y todos se percataban de que aún no habían aprendido a volar. Y así aparece un gorrión comparando su vuelo con el de un águila; el lema rezuma filosofía al exclamar: «No semos naide».

Esta es, condensada, la pequeña historia de la heráldica aérea. Si acaso alguno la tacha de insignificante y pueril y no digna de colocarse al lado de hazañas y hechos gloriosos, que medite que acaso estos hechos estén tan ligados a aquéllos que resulte imposible separarlos; que se completan y conjugan tan perfectamente que son necesarios los unos para explicar los otros, y que el buen humor y el optimismo son elementos integrantes de la moral del combatiente. Y la moral, de eso en España se sabe algo, es la «auténtica arma secreta de todas las guerras».

